

Robé sus ojos

Ángel Isaac Tapia Morales

Lingüística y literatura hispánica
angel.tapiam@alumno.buap.mx

•
¿
Cómo cuánto vale una esmeralda? Eso me preguntaba esperando en las sombras, oculto, lejos de la mirada de aquellos que me juzgarían, y no por mala razón.

Me gustaría decir que moría de hambre, que tenía una familia desesperada que dependía de mí cuando decidí condenar mi alma, pero ya tengo suficientes pecados sobre mis hombros como para darme la libertad de añadirle una mentira a la lista. Lo hice porque nadie lo pensó posible, y no por la dificultad de la labor, sino por la falta de consciencia que tal acto implicaba.

Al sentir que no había nadie más presente en el templo, me dirigí hacia mi objetivo, mi víctima. Mis pasos eran tranquilos, relajados, me moví con la cautela y precisión que los meses de planeación que esta idea había tomado me permitían. Lo único que iluminaba la nave del templo era un par de velas a medio derretir, pero incluso esa tenue luz se reflejaba en sus ojos.

Verdes y brillantes, me miraban, como si supieran que estaba ahí, esperándome.

Miré a mi alrededor, había pinturas antiguas con marcos cubiertos de oro. Podría pasar horas mirándolas, analizando cada detalle, pensando en algún modo de sacar ese metal precioso para venderlo. Ojeaba también las urnas de los diezmos, quizá otro día podría averiguar cómo abrirlas a la fuerza, por ahora, tenía poco tiempo, y ya tenía un premio en

mente.

Puse mi atención de nuevo en esos ojos penetrantes, observándome.

Mi mente no se mantuvo mucho tiempo en aquella mirada tan peculiar, pues ya tenía mucho en qué pensar con el par de piedras preciosas cuya textura lisa ya podía sentir en mi mano. Tomé mis herramientas y me puse manos a la obra, cincelandos y picando con gran delicadeza tanto para que no se notara mi labor de inmediato la próxima vez que alguien pasara por la figura, como para no causar daño alguno a las gemas.

Después de un minuto, sentía que ya estaba por terminar, y después de otro minuto, sentí que estaba todavía más cerca... y después de todavía otro minuto, estaba seguro de que ya estaba cerca de sacar esas hermosas esmeraldas de sus cuencas. Después de otro minuto de sentir cómo ya merito cedían las gemas, me resigné al hecho de que simplemente no podía sacarlas con mis herramientas, al menos no de ninguna forma que no fuera evidente.

Me detuve un momento a pensar qué haría después, ¿acaso me rendía? ¿Me daba por vencido y dejaba ir de esta única oportunidad en la que nadie me vería robar algo de tanto valor? Poco después, el sonido de la puerta del templo abriéndose acabó de decidir por mí. Tomé la figura del infante en mis brazos y la guardé en el saco de harina de maíz sobre mi hombro.

Quien sea que haya entrado a la iglesia

no iba esperando que acabaran de robarla, pasó de largo el altar en el que hace unos segundos estaba el niño sin darse cuenta de que su alabado había desaparecido. Gran devoto, me pensé a mí mismo. Aún me sentía con la libertad de ser cínico.

Más allá de que mis manos sudadas hicieron complicado abrir el picaporte de hierro, salí de ahí sin mayor problema. La multitud de la feria patronal hizo mucho más fácil mi escape, nadie cuestionaría la presencia de un hombre cargando un ingrediente muy necesario para casi todos los antojitos del evento, nadie sospechó nada mientras llevaba a su preciado Señor entre ellos.

Caminaba contento, engentado entre tal hedionda turba, pero contento aun así, incluso consideré detenerme un momento a disfrutar de una buena comida, ya sentía el dinero en mi bolsillo antes de siquiera vender las condenadas esmeraldas, así de anticipado soy, o era. En ese momento me detuve, sentí un sudor frío recorrer mi espalda. Pensarán que me cacharon entonces, que alguien de algún modo se dio cuenta de mi crimen, pero no. La verdad, ya hubiera querido eso, lo hubiera preferido mil veces a tener que escuchar ese maldito lloriqueo.

Un sollozo agudo empezó a sonar de mi saco. Volteé a toda velocidad, pensando que quizá era un niño o un bebé parado detrás mío, pero no, el llanto seguía detrás de mí. Por un momento, mi mente quiso racionalizar que

de algún modo se me había trepado encima un chamaco que ahora lloraba agarrado de mi espalda. ¿Me hubiera calmado eso? Ciertamente no, pero no me hubiera aterrado tanto como la otra alternativa.

Mi pánico al principio se debía a que, si alguien escuchaba los sollozos, definitivamente me preguntarían qué mierda traía en el saco y por qué sonaba como un bebé llorando. Buscaba una forma de escapar, de silenciar a lo que sea que cargaba, pero no podía, mis manos sudorosas y asustadas intentaron desatar el nudo que hice, pero eran inútiles.

Estaba asustado, la idea de que algo, alguien, lo que sea, estaba llorando ahí dentro era suficientemente mala, pero pensar que acababa de cometer el crimen perfecto y que ahora los lloriqueos de un niño iban a arruinarlo era demasiado, mi mente sólo anticipaba el momento en que alguien me detuviera y terminara capturado, quizá hasta linchado. Pensé en simplemente tirar el saco y salir corriendo de ahí, hacer como si nada de eso hubiera pasado y desaparecer.

—¡Alguien se robó al Niño! ¡Alguien se robó al Niño!

Todos en la feria voltearon a ver a quien gritaba, yo no vi quién era, y aunque jamás en mi vida lo había hecho, sólo le agradecí de todo corazón que se hubiera dado cuenta de mi fechoría y me puse a correr en dirección opuesta, sintiéndome afortunado de que por fin todos los ojos del lugar estaban situados en otra cosa. Todos excepto un par de ojos verdes.

En cuanto corría, finalmente me cayó el veinte de que habían notado mi crimen con demasiada anticipación. No corría sólo para evitar que escucharan los llantos, ahora debía correr porque no tardarían en empezar a investigar la escena, y, si bien había tomado todas las precauciones necesarias, no quería arriesgar que algún tarado en la feria recordara mi rostro.

Después de varios minutos, mis piernas empezaron a doler. No había parado de correr en todo el rato y mi condición estaba empezando a salir a la luz. Me detuve, pero no por gusto, lo que sea que tuviera en ese saco seguía llorando, y peor era que no eran llantos callados, eran llantos de un niño perdido, de un bebé con hambre, de un pequeño buscando a su mamá.

No podía más, la calle en la que estaba parecía desierta, pero alguien definitivamente escucharía esos sollozos si no lograba callarlos pronto. Abrí el saco con fuerza, preparándome para lo que fuera que encontraría ahí.

Empezaba a considerar seriamente la posibilidad de que alguien metiera un niño de verdad en mi saco y que yo nunca me di cuenta, o, quizá... la figura que tomé de aquel altar de algún modo no era una figura después de todo.

En todo caso, estaba en serios problemas.

Al instante que saqué esa cosa del saco, el lloriqueo se detuvo. De pronto, me vi rodeado de un silencio que de algún modo me hizo sentir más perturbado que los sollozos, de esos silencios que empiezan a sentirse ensordecedores después de un rato. La figura estaba exactamente igual que cuando la vi en ese altar, sus ojitos verdes aún me miraban fijamente.

A este punto, ya había tenido más que suficiente, intenté de nuevo sacar las gemas con mis herramientas, teniendo cuidado de no dañarlas. No pude, parecía estar hecha de concreto.

Lo pensé por un segundo... ¿acaso las esmeraldas valían el precio de verme tan descarado, tan salvaje, tan poco civilizado? ¿Acaso estaba mal realizar tal blasfemia por mera avaricia mía? Decidí que si de veras estaba tan mal lo que hacía, caería un rayo a partirme en dos.

Sin más pudor o siquiera apreciación por la artesanía de la pieza en mis manos, usé la parte ancha de mi cincel para golpear el rostro del niño hasta que sus cuencas quedaron como yeso blanco expuesto y en mis manos quedaron esas dos piedras preciosas. Finalmente lo había logrado, finalmente me podría deshacer de esa parte que no necesitaba.

No pude evitar soltar una risa inocente, quizá sólo por alivio, quizá por un ligero sadismo de ver esa cosa que tanto pavor me causó minutos antes tan indefensa y vulnerable, incapaz de hacerme daño. Me di un momento para apreciar lo fina que se veía la pieza, gran momento, lo sé, pero no pensé que volvería a tener oportunidad de sostener una figura así en mi vida.

Sonreía, una parte de mí arrepentida y sintiéndose mal por el artesano que esculpió la pequeña estatua, cuando de repente vi algo oscuro esparcirse en sus cuencas blancas. Creí que se estaba rompiendo más, que veía el hueco dentro de la cabeza de la figura, pero no, no tengo tanta suerte. Era un líquido rojo y viscoso que se derramaba por las cuencas vacías del niño y empezó a manchar mis manos. Cualquier noción de que era alguna clase de broma elaborada se desvaneció cuando noté que el líquido estaba caliente, como sangre

fresca de una herida.

No pude evitarlo, grité, solté el grito más desgarrador que he soltado. No estaba viendo una estatua llorando sangre, no lo estaba viendo, no podía estarlo viendo, no tenía sentido, y como no tenía sentido, no debía ser real, así que la solté, o, más bien, la arrojé.

La estatua se hizo mil pedazos cuando hizo contacto con el suelo, cientos de fragmentos blancos salieron volando por los aires, uno de ellos me dejó una cortada en la pierna. En ese momento debió terminar el calvario que vivía, era suficiente para marcar el recuerdo de ese día en mi memoria por el resto de mi vida, pero el lloriqueo volvió de pronto. Esta vez no venía de la estatua, se escuchaba que venía de todas direcciones, como si cada fragmento de esa estatua tuviera una boca propia de la cual pudiera sacar ese maléfico estruendo.

Volteé la mirada hacia una de las casas alrededor mío, una luz en una de sus ventanas se encendió, y a través de ella podía ver una silueta mirándome fijamente. No vi quién o qué era, o desde cuándo había estado parada ahí, sólo me puse a correr de nuevo. Estuviera o no escuchando llantos de ultratumba, alguien me había visto, y tenía las esmeraldas en mi bolsillo, podía salir de ahí, no tenía razón para quedarme a ver qué pasaba después, sólo creí escuchar el sonido lejano de una puerta abriéndose.

Llegué a casa y cerré la puerta y las ventanas con seguro. Respiraba con dificultad por más de una razón, sentía que me ahogaba con aire pesado a mí alrededor, tenía tanto sudor frío empapando mi piel que parecía que una tormenta pasó sobre mí. Los únicos alivios que tenía eran el silencio absoluto que me rodeaba y las joyas en mi mano.

Las apreté con fuerza y me puse a reír, sin miedo a que nadie me escuchara me di la libertad de soltar carcajada tras carcajada hasta que me ardía la garganta, apreté tan duro esas dos pequeñas joyas que finalmente me darían suficiente dinero como para escapar de ese horrible pueblo que pensé que las podría llegar a romper, y entonces lo hice.

Sentí como ambas esmeraldas se quebraron en mi mano, haciéndose añicos y dejando mi mano ensangrentada. Fue entonces que me di cuenta de la más graciosa verdad de todas: esas no eran esmeraldas, no eran gemas de ninguna clase, eran vidrios verdes.

Me habría puesto a reír más fuerte con el conocimiento de que había gastado meses de mi vida persiguiendo un tesoro que jamás estuvo ahí, de no ser porque un frío terrible



invadió mi cuerpo entero, un escalofrío como ningún otro que me hizo temblar hasta los huesos. Miré mis manos, había sangre en ellas, demasiada, más de la que podría sacar de las pequeñas cortadas que causaron los vidrios, y veía más líquido carmesí salir por debajo de mis zapatos también, como si el sudor que cubría mi piel de pronto se hubiera convertido en sangre.

La sensación de que alguien me observaba tampoco disminuía, sólo aumentaba cada vez que bajé la mirada hacia los fragmentos verdes y brillantes sobre el suelo.

Me levanté y me dirigí hasta el baño, ahí podría quitarme la sangre, ahí estaría a salvo. Logré quitarme ese repugnante líquido de encima después de tallar y tallar, pero ni el agua hirviendo que salía de la llave era suficiente para quitarme el frío.

Quizá lo mejor que podía hacer era ir a dormir, claramente tenía demasiadas cosas en mi mente como para pensar con claridad, el sueño me haría bien.

Entré a mi habitación, pero antes de cerrar la puerta, regresó la sensación de que algo me observaba desde el pasillo, oculto, lejos de mi mirada, pero tan presente como la manija que tenía en la mano. Juro por todo lo que es bueno en el mundo que escuché pasos acercándose justo antes de que cerrara de golpe, pero no vi nada ni nadie entrando.

En cama, me acosté de lado por mero reflejo, pero algo se puso contra mi espalda, el peso de lo que sea que fuera inclinaba ligeramente el colchón, así que me volteé al lado opuesto, y sentí cómo eso hizo lo mismo. Volteé hacia arriba, pero me sentía observado desde arriba, desde aquel techo que en la oscuridad era negro. Como niño pequeño intenté cubrirme con mi sábana, pero no sirvió de nada, sentía que un par de cuencas me observaran desde el vacío que tenía arriba, o como si ese mismo vacío fueran las cuencas.

No dormí ni un segundo, ni volví a intentarlo en días. No comí nada, ni salí de mi cuarto para nada, la sola idea de abrir la puerta me causaba un terror que apenas y puedo intentar describir, cada que lo intentaba era como hacerte daño a ti mismo, pellizcar tu piel al punto de lastimarte, siempre llega un momento en el que simplemente no puedes seguir, un momento en el que tu mente te hace saber que lo que estás haciendo te hará mal y te detiene.

Me sentí burlado, ridiculizado, temía por mi vida, aunque más temía por mi alma. Se

me había ofrecido el botín perfecto, y como un pez mordiendo el anzuelo, me aferré a la perdición que me tentó y logró ganar contra mi voluntad y mi mejor juicio. Si tan sólo hubiera ido a robar cualquier otro lugar, un banco, un negocio, un mugriento puesto de feria. Pero no.

Me sentí enojado con Dios, todo este tiempo me permitió pensar en que quería robar y no me detuvo, jamás me hizo pensar que había algo mal en mis acciones, o me mandó una visión para que cambiara mi forma de ser, no, me dejó cometer una grave ofensa en Su contra hasta que no había nada que nadie pudiera hacer para salvarme. Ahora que lo hice, decide castigarme con... con... lo llamaría algo, cualquier cosa, pero no sé qué sea, ni siquiera me ha dado la misericordia de saber qué es lo que acecha mis días y mis noches.

Siempre tuve miedo de la ira del creador, porque pensé que sería feroz y que no la vería venir, pero ahora la veo venir y jamás llega, la siento, la veo en cada esquina de este cuarto, pero jamás ataca, sólo me mira con esos ojos verdes. Esos ojos, todo empezó con esos hermosos ojos que ahora me miran, me observan, saben que sigo aquí, torturado y al borde de la muerte, oculto de las bestias que tocan a la puerta, llamando mi nombre, vienen a confrontar mi pecado, todos mis pecados, a matarme de la forma más brutal.

Pero no importa. Ya no importa. No les daré la satisfacción de matarme, muerto ya estoy, y muerto seguiré por el resto de sus vidas, pero lo que me espera al otro lado del umbral no será nada diferente a lo que vivo aquí, sentado, dando mis últimos respiros, si es que no todo esto fue planeado desde el principio y cada respiro que di fue uno de mis últimos.

No importa, no sé qué pasará conmigo, no sé si el lago de fuego aguarda mi espíritu para cuando mi cuerpo finalmente ceda al hambre, pero al menos el lago me hará daño, quemará mi piel y mi cabello y me hará saber que lo merezco, que me busqué estar ahí, no como ese niño.

No como el niño frente a mí, él no hace nada, ya ni siquiera llora. Me observa con esa mirada plácida, llena de odio, llena de amor, llena de tristeza, llena de felicidad, llena de verde brillo, llena de sangre. Lo único que no cambia es que no deja de mirarme, jamás deja de mirarme.

Robé Sus ojos, ¿por qué no deja de mirarme? ●

